

paradas las tisanas que tomaba, cogía un coche, y acompañada de algún criado antiguo, que se subía en el pescante, se dirigía al barrio de la Magdalena.

Al poco tiempo conocía ya todos los teatros y estaba al corriente de las obras del repertorio y de todas las nuevas.

Ocupaba un día con los esposos Saire un palco en el teatro de la Ópera Cómica, donde representaban *Le Pré aux Clercs*; eran las ocho y media cuando ya el público se impacientaba al ver que el telón no se levantaba, un empleado del teatro salió á anunciar que Capoul se había puesto malo repentinamente y no podía cantar. Un artista desconocido se ofreció á reemplazarle, pero la empresa lo advertía al público para que los que no se hallasen conformes con la sustitución, pudiesen recoger el importe de sus localidades, que les sería devuelto.

Una tercera parte lo menos de los espectadores se levantó de sus asientos y se salieron; Jorge, su esposa y sus amigos, después de un momento de vacilación, se decidieron á quedarse en su palco.

El telón se levantó: el que hacía el papel de Capoul apareció en escena... Marcela, al verle, ahogó un grito.

## XV

Un antiguo amigo del señor de Prades, el señor de Linoís, consultado por Didier poco tiempo después de fallecer su padre, sobre la determinación que debería tomar en la situación en que se encontraba, le dió los consejos siguientes:

—Prades, cuando se retiró á Bretaña, cometió el error de llevaros con él interrumpiendo vuestros estudios. Más tarde no habéis vuelto á continuarlos, y no sois ni bachiller en letras, en una época en que los doctores en jurisprudencia y los bachilleres en ciencia, apenas si pueden adquirir una posición decente. De modo que vos, ó no podréis tenerla nunca, ó viviréis vegetando en algún empleo subalterno. Porque á falta de esos conocimientos serios y ese título oficial, no sacáis partido de las dotes que la naturaleza os ha concedido. Tenéis una buena voz, pues aprovecháos de ella. No solamente os podrá servir para subsistir, sino hasta para haceros rico.



—Vuestro cariño hacia mí, os hace exagerar lo que llamáis dones naturales míos. Es cierto que en un salón puedo agradar á un público indulgente, pero no me hago la ilusión de creer que, como artista, pudiese tener buen éxito.

—Estáis muy engañado—dijo el señor de Linoís.—El año pasado en mi casa, poco después de haberse verificado aquella reunión, en que accedisteis vos á mis ruegos y cantasteis algunas piezas de música, tuve ocasión de hablar acerca de vos con el señor P... venerable maestro de música que durante muchos años ha estado empleado en el teatro de la Ópera, y su opinión fué la siguiente:

«Es sensible que ese joven pertenezca á la buena sociedad y tenga medios de subsistencia: si se dedicase á la carrera artística; si hubiese sido yo director de algún teatro lírico, le hubiese llamado á mi despacho y le hubiese dicho: «Si accedéis á trabajar sin descanso durante dos años consecutivos con profesores escogidos por mí, os doy una pensión de tres mil francos. Dentro de esos dos años debutaréis en mi teatro, y entonces os señalaré un buen sueldo.» Estas palabras eran sinceras. Las recuerdo hoy como si acabase de oírlas y yo, á mi vez, os digo: Consagrad á estudios

serios esos pocos miles de francos que os quedan como herencia paterna, después de haber pagado todas vuestras deudas; y el día en que vuestros maestros os lo permitan, podréis remontar el vuelo con vuestras propias alas.»

—¿Y adónde podría volar yo?

—¡Pues al teatro! ¡Por vida del...

—¡Cómo! ¿Queréis que yo sea actor?

—¿Y por qué no? ¡Ah, querido, con haber vivido tres años en las Costas del Norte, habéis adquirido las preocupaciones de la vieja Bretaña! Claro es que un cantante no es un actor. Es un artista, un tenor: Faure, Capoul, la Nilsson, la Patti son un nombre, una personalidad, una gloria. A nadie se le ocurrirá decir el actor Faure, ó la Patti, la gran actriz, sino que dirán: esa gran artista, lo cual no es lo mismo. Y además, si en vez de estar dotado de tan buena voz, tenéis talento para ser un actor, ¿creéis que daría yo en aconsejaros que debutaseis en alguno de nuestros teatros dedicados al drama ó á la comedia? El actor que vive honradamente se hace respetar y respeta su arte, ¿es menos digno de estimación que la mayor parte de los vagos y los inútiles que abundan tanto en nuestra época? Desechad ese falso pudor, esa vergüenza, esos escrúpulos de que nadie hace caso ya. Si vuestros títulos y vues-



tros pergaminos os estorban, cambiad de nombre y rodeadle de una aureola tal, que más tarde, cuando os hayáis hecho célebre y seáis rico, no penséis en vuestro nombre de familia más que cuando os acordéis de vuestro padre.

Esta conversación causó en Didier profunda impresión; sin embargo, no se atrevió aún á seguir los consejos del señor de Linois. Debía resentirse naturalmente la educación que le había dado su padre; si el difunto barón de Prades no tenía principios muy firmes, poseía, en cambio, preocupaciones muy arraigadas, y poco á poco se las había imbuído á su hijo. Éste, al verse sin recursos y teniendo que trabajar, hubiera aceptado una posición de las más humildes; pero se le hacía muy duro y no podía acostumbrarse á la idea de salir á las tablas. Encontraba acertados los razonamientos del señor de Linois, que creía que un cantante, en el día mismo que se presenta en escena se convertía en un cómico. Esta profesión no le parecía despreciable; pero imbuído por sus ideas aristocráticas, hubiera querido adoptar otra cualquiera antes que esa.

Desgraciadamente, no había donde elegir. Las nuevas tentativas que hizo para conseguir

un destino, no obtuvieron ningún resultado. El Ministerio de Hacienda tenía muy malos recuerdos de su padre, y hacía á Didier responsable de los fastidios que los acreedores del señor de Prades le habían causado. En los otros Ministerios le pedían títulos de que carecía, ó sufrir ciertos exámenes, para los que no estaba preparado. Sus últimos recursos se agotaban de día en día. Su única propiedad, la posesión situada en las Costas del Norte, el querido asilo de su edad juvenil, la había tenido que malvender en subasta judicial. El marqués de Couëdic, aprovechando aquella ocasión de extender sus dominios, y no tener ya ningún vecino, compró en el precio de tasación la casa y las tierras que la rodeaban.

En fin, era preciso tomar algún partido, y cansado de luchar, se decidió á seguir los consejos del señor de Linois. ¡Ah! si Marcela viviese para él, si no hubiese sido separado de ella para siempre, aún hubiese vacilado y esperaría; conocía demasiado al señor de Couëdic para pensar en la carrera del teatro. Sabía que ella estaba condenada de antemano por el marqués. Pero Marcela, olvidando la fe jurada, se había casado. No había nada que esperar, había muerto para él; podía disponer de su existencia, y luchar contra el destino sin te-



mer que se perdiese para siempre el porvenir.

Después de pagar las deudas de su padre, le quedaron á Didier unos doce mil francos. No necesitaba preocuparse en qué colocaría aquella suma, puesto que la renta que le produjese no le bastaba para vivir; por el contrario, la dividió en dos partes iguales que habían de servirle para proveer á sus necesidades durante dos años, poniéndole al abrigo de todo fracaso corporal. Después de tomar estas primeras disposiciones, dejó la habitación que su padre ocupaba, y que había sido desamueblada por los acreedores, se fué á vivir á Clichy, alquiló un piano, adquirió diversas partituras y métodos de canto, fué á ver al excelente profesor Pagans, que le había recomendado el señor de Linois, y decidido á privarse de todo placer y crearse obligaciones que perjudicasen sus estudios, se entregó en cuerpo y alma al trabajo.

Al cabo de dos años, durante los cuales su ánimo no desmayó, había hecho tan rápidos progresos en su arte y obtenido tales resultados, que sus maestros fueron los primeros que le aconsejaron empezase á dirigir sus esfuerzos á obtener, si no sueldo fijo, al menos la seguridad de que le dejasen salir á cantar en algún teatro lírico de París.

Largo tiempo fueron infructuosos los medios que empleó para ello. Los artistas, en general, tienen prevención á las gentes que no son de su clase. Se niegan á reconocer sus aptitudes y cualidades, notables muchas veces, y al mismo tiempo, los directores de teatro, objeto de peticiones ridículas, rodeados y cansados por las medianías y las nulidades que sitian nuestros teatros, renuncian á descubrir nuevos talentos, y se resignan á girar siempre en el mismo círculo.

La casualidad vino en ayuda de Didier. Hallábase una tarde, á eso de las siete, en el teatro de la Ópera Cómica, en el despacho del Director, que alimentaba con promesas sus esperanzas y sus deseos, acogidos, como de costumbre, cuando el representante de la empresa vino bruscamente á interrumpirlos.

—Capoul acaba de avisar ahora mismo— dijo dirigiéndose á su principal—que se ha puesto malo de repente y no puede venir á cantar. Tenemos cuatro mil francos de entrada, el teatro está lleno; ¿qué hacemos?

El director se quedó aterrado.

—¿X... puede sustituirle?—preguntó.

—Le habéis dado ayer licencia por dos días; está en el Havre.

—Podemos cambiar la función.



—¡Imposible! Todo el escenario está desordenado, por causa de los ensayos de la nueva obra. Y no tenemos más que los coristas. ¿Dónde vamos á encontrar á los actores á las ocho de la noche?

El director se paseaba con agitación. De repente debió ocurrírsele alguna idea. Dirigióse presuroso á Didier que, silencioso, escuchaba aquella conversación, se paró delante de él, le miró y le dijo sin más preámbulos:

—¿Sabéis el papel de Mergy en el *Pré aux Clercs*?

—Sí señor; yo hubiese escogido esa obra para mi salida, si me hubieseis alguna vez concedido ese favor.

—Pues bien; os lo concedo esta noche, ahora mismo. Me voy á mi palco y no vuelvo ya. Tenéis la misma estatura que Capoul, podéis poner os su traje mientras avisamos al público lo que ocurre. ¿Os conviene así?

Después de reflexionar unos cuantos segundos, Didier aceptó resueltamente.

Media hora después hacía su primer salida en el escenario de la Opera Cómica.

Marcela estaba, como antes hemos dicho, en el teatro, sentada junto á sus amigos los señores de Saire.

## XVI

De este modo se verificó la primer salida de Didier en el teatro. Jamás *debut* alguno fué más imprevisto; pero ninguno tampoco fué tan halagüeño como el suyo.

Al segundo acto el público había sido ya conquistado. Los amigos del director y muchos abonados fueron á buscarle á su palco para decirle:

—Sin duda os habéis querido chancear con nosotros: ese joven no es la primera vez que trabaja en el teatro, como ha dicho vuestro representante; ha trabajado otras veces. Es un golpe de efecto que teníais preparado desde hace tiempo: nos habéis querido sorprender para obligarnos á oír á vuestro protegido; lo habéis conseguido y estamos muy contentos. Ahora, decidnos la verdad. ¿De dónde viene? ¿A qué teatro de provincia ó del extranjero se le habéis quitado?

El director negó tales suposiciones, y contó



la verdad de lo ocurrido; pero nadie quiso creerla.

En el palco ocupado por Marcela y sus amigos, no se escaseaban los elogios al joven artista.

—¡Qué voz más preciosa tiene!—decía Lucila:—¡qué método más excelente!

—Lo que me extraña más—replicaba Jorge—es su desenvoltura en escena, el modo de moverse y de llevar el traje. Si no ha trabajado en ningún teatro de canto, ha debido estar en alguno dramático.

Uno de los jóvenes que habían entrado durante un entreacto á saludar á la señora de Sairo, tomó la palabra y dijo:

—No es extraño que el debutante haya trabajado en teatros de aficionado; corren rumores por los pasillos de que es un hombre de mundo.

—¿Cómo se llama?—preguntaron muchas voces á la vez.

—Nadie lo sabe aún; pero todo París lo sabrá mañana. Delange está en el teatro, y nos ha prometido, si hiciese falta, hasta evocar los espíritus.

—La noticia debe ser cierta—observó Lucila.—Ese joven debe pertenecer á la buena sociedad; es la manera única de explicar la

soltura de sus maneras, su gracia y su distinción.

—¡Vamos—dijo uno riendo—ha hecho fortuna! ¡ha sabido atraer á su favor los votos de las mujeres hermosas!

Marcela tan solo era la única que no mezclaba su voz en aquel concierto de elogios. No se atrevía á confesar que conocía á Didier. Temía, al tomar la palabra, que su emoción la descubriese.

Tres días después, Prades fué llamado para hacer su segunda salida. La sala estaba completamente llena, todos los periodistas estaban en su puesto. El éxito sobrepujo las esperanzas, y fué proclamado por la prensa del modo siguiente: «Un tenor acaba de darse á conocer; esa ave fenix se encuentra en el teatro de la Opera Cómica. El recién venido, según unos, tiene más voz que sus antecesores, según otros vale, cuando menos, tanto como ellos.»

Fuó una locura, una fiebre de que París aún se acuerda. El misterio de que había rodeado su primer salida, la manera imprevista de hacerla, su verdadero nombre, Didier, conocido ya de todos, su buena presencia, las aventuras de su padre, que todo el mundo volvió á recordar, contribuyeron poderosamente al éxito é hicieron del joven tenor el héroe del día.



Los periódicos de teatros de entonces dieron biografías más ó menos fantásticas del joven Prades y no le escasearon toda clase de alabanzas. Benedict y otros dos ó tres críticos musicales, fueron los únicos que hicieron ciertas reservas y pusieron un prudente correctivo al entusiasmo exagerado del público.

La temporada estaba próxima á terminar: Didier no quiso contratarse para el verano, á pesar de los brillantes ofrecimientos que le hicieron. Prefirió hacerse oír en diferentes conciertos que se dieron en Vichy, Boulogne, y Trouville y fué acogido con el mismo éxito.

En el mes de Octubre dió nuevas representaciones en la Opera Cómica. El público le fué fiel, pero no se mostró tan entusiasta. Empezaba á operarse cierta reacción. Los periódicos que habían subido á las nubes á Didier se pusieron á la cabeza de aquel movimiento retrógrado. Sin desautorizar enteramente sus primeros artículos, mezclaban ciertos reproches en sus escritos á los elogios, y se preguntaban si no habrían obedecido antes á cierta sorpresa. Los críticos serios, por el contrario, y las eminencias de las revistas musicales, que no se dejaban guiar por nadie, dejando á un lado su severidad primitiva, declaraban que el joven tenor había hecho notables progresos.

La opinión de aquéllos no prevaleció; sin embargo, una noche, en el segundo acto del *Domino noir*, al concluir Didier de cantar, y mientras estaba solo en escena, se oyeron muchos silbidos en la sala.

La mayoría del público juzgó que obedecían á alguna intriga y protestó. Pero los periódicos de sensación hicieron notar el incidente sin hacer comentario alguno. Didier esperaba que ellos le defendiesen y que protestasen contra la injusticia de que había sido víctima; le causó sorpresa su silencio y sufrió muchísimo con aquella defección. En su inexperiencia, ignoraba que, sobre todo, en el teatro, la Roca Tarpeya está á dos pasos del Capitolio.

Al siguiente día de esta representación nefasta, fué silbado de nuevo en otro papel de repertorio. La empresa trató de descubrir á los perturbadores y entabló causa criminal para encontrar á los autores de aquella intriga. No obtuvo ninguno resultado.

Algunas personas empezaban ya á decir: «Dicen que si hay intrigas en contra de ese tenor; tal vez no haya ninguna, no le gusta al público y le silba; ¿qué tiene eso de extraño? No tiene verdadero talento... ha hecho mucho ruido... ha subido muy alto y muy aprisa...



no tiene nada de particular que se hunda con la misma rapidez con que subió.»

En el público se levantaron voces en defensa suya; en la prensa, los críticos honrados de que hemos hablado, protestaron contra aquellas manifestaciones hostiles que nada justificaban. Pero el golpe estaba dado; la reputación de Didier no era aún muy sólida: su nombre y su talento no se imponían con fuerza bastante para obligar á que sus detractores se cansaran, ni para atraer al verdadero público á su causa y girirse en defensor suyo.

Los silbidos continuaron; ciertos periódicos de poca importancia tuvieron verdadero placer en insertarlos y comentarlos.

Los perturbadores se hubiesen cansado, y los individuos de la *claque*, en unión de las gentes honradas, hubiesen hecho la justicia debida, si no hubiese habido demasiada exageración por parte de aquéllos. Pero desgraciadamente, la administración de la Opera Cómica perdió muy pronto la paciencia, hizo caso de consejos poco cuerdos ó pérfidos, y cometió la imprudencia de recurrir á la policía para que cesasen tales tumultos. Puso á disposición de la empresa veinte agentes encargados de vigilar las diversas localidades del teatro.

Así que los espíritus se calentaron, acudie-

ron de todas partes, no ya á silbar á Didier, sino por hacer blanco de sus iras á la policía, á quien los parisienses de todas las épocas han detestado, en razón sin duda de los servicios incontestables que les presta. Desde entonces, en el teatro, tranquilo otras veces, de la calle Favart, ocurrían diariamente conflictos difíciles de reprimir, y que degeneraban, al concluir la función, en corridas de las gentes por la calle. Como medida de orden, el nombre de Didier desapareció de los carteles.

Quando al cabo de unas cuantas semanas era de esperar que hubiese más calma, más justicia y menos animosidad contra el joven artista, reapareció discretamente sin anuncio previo, en escena.

Sus enemigos, que estaban prevenidos, le recibieron como otras veces.

La partida estaba perdida; la lucha era imposible. El autor de una nueva ópera, después de haber contado con Didier para encargarle de un papel importante en su obra, no se atrevió á confiársele. Prades se vió obligado á dejar el teatro de sus primeros combates y quiso contratarse en otro distinto; tampoco pudo lograr su objeto. Todas las empresas comprendían el peligro que había en imponer



al público un artista que, al aparecer en escena, producía tan graves conflictos. Muchas veces, esas representaciones turbulentas favorecen la entrada un día dado, pero con perjuicio para los ingresos del día siguiente, y un director de teatro, por mucho que atienda á los intereses del arte, es un comerciante que piensa y debe pensar tan solo en sus intereses.

De este modo, los sacrificios hechos por Didier fueron perdidos, sus estudios tan trabajosos inútiles, su carrera rota por completo. ¿Qué iba á ser de él? ¿Cómo viviría? Sus modestos recursos se habían agotado durante tan larga tarea. Además, las diversas sumas ganadas en la Opera Cómica, á título de indemnización, puesto que no tenía contrato ninguno firmado con el empresario de aquel teatro, como en los establecimientos de baños donde había hecho oír su voz, habían servido para atender á sus necesidades solamente.

Como si sus enemigos estuviesen al corriente de sus acciones, los primeros silbidos se oyeron el día antes precisamente en que debía firmar un contrato muy ventajoso para él y que hubiese asegurado su situación para muchos años. Las ofertas hechas habían sido aceptadas, la escritura estaba concluida, á pesar de las protestas hechas por los espectadores. Por

delicadeza, Didier detuvo el momento de firmar; pero lo retrasó tanto, que llegó el caso de que ya hemos hablado antes, en que la Opera Cómica y los demás teatros le cerraron sus puertas.

¿Que carrera podría seguir ahora? Sus enemigos desconocidos, empeñados en perderle, ¿no tratarían de hacer inútiles sus esfuerzos, poner toda clase de obstáculos á su marcha, y cerrarle su porvenir.

Descorazonado, lleno de desesperación y asustado de la oscuridad que acerca de su suerte le envolvía, de las misteriosas influencias que parecían rodearle, sin familia, sin amigos, sin apoyo alguno, llegaba á preguntarse si no sería más sencillo renunciar á la lucha y acabar con la vida.

En el momento mismo en que iba á dejarse arrastrar por tan fatal pendiente, recibió una esquila, concebida en los siguientes términos:

«Tengo derecho á volverte á ver. Si no me has olvidado, ven á mi casa.

MARCELA.»